

Tanguy Viel

# LA CHICA DE COMPAÑÍA

Traducido del francés por Amaya García Gallego

Título original: *La Fille qu'on appelle*

Esta obra se benefició del apoyo de los  
Programas de Ayuda a la Publicación del Institut  
français.

Diseño de colección: Estudio Pep Carrió

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

*La Fille qu'on appelle* © 2021 by Les Editions de Minuit

© de la traducción: Amaya García Gallego, 2023

© AdN Alianza de Novelas (Alianza Editorial, S. A.)

Madrid, 2023

Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15

28027 Madrid

[www.AdNovelas.com](http://www.AdNovelas.com)



ISBN: 978-84-1148-146-5

Depósito legal: M. 192-2023

Printed in Spain

# Primera parte



Nadie le preguntó cómo iba vestida esa mañana, pero ella tenía empeño en indicarlo, que no tenía nada que ponerse más que unas botas de baloncesto blancas, pero qué vestido o qué vaqueros pegaban para la ocasión, y lo mismo para el rojo brillante con el que se pintaría los labios, lo llevaba pensando desde el alba. Ella, sentada en la terraza del Universo, en la amplia plaza peatonal del casco viejo; a su espalda se leía, en letras grandísimas arriba del todo de la pared de piedra, las palabras «CASA CONSISTORIAL», y más arriba aún, la bandera tricolor como un guardián dormido descansaba en el aire tibio. No iba a tardar en cruzar la portalada y atravesar el patio adoquinado que lleva hasta el castillo, el antiguo castillo, más bien, porque hace tiempo que se convirtió en ayuntamiento, aunque para ella, según diría, venía a ser lo mismo: tener cita con el alcalde de la ciudad o el señor de la aldea; en su cabeza no había ninguna diferencia, eran los mismos nervios, el mismo corazón algo tenso por entrar ahí, en el amplio vestíbulo en el que penetraba por primera vez, casi sorprendida de ver que las puer-

tas eléctricas se abrían al acercarse, como si lo que se esperase fuera ver un puente levadizo bajando por encima del foso y, en lugar de con un vigilante vestido de negro, toparse con un soldado en cota de malla. Es lo que tiene esta ciudad, que parece que los siglos de historia se han deslizado por encima de las piedras sin cambiarlas nunca, ni siquiera el mar que las ataca dos veces al día y que dos veces al día también se rinde y se retira, derrotado, como un perro con el rabo entre las patas.

Ella, aún sentada en la terraza del Universo, había llegado con antelación, claro, con tiempo para tomarse un café y leer el periódico, el *Ouest-France*, o, más que leerlo, mirar por encima los titulares y las fotos en color, aunque, eso sí, demorándose en las páginas de deportes por si veía algún artículo sobre su padre, el boxeador —que, cuarentón y todo, acababa de ganar su trigésimo quinto combate y al que la prensa local no dejaba de elogiar por su longevidad, por no decir su renacimiento, sí, *renacimiento*; esa era la palabra a la que le habían cogido gusto desde que Max Le Corre volvía a encabezar los carteles de los que había desaparecido una temporada—, y entonces había sonreído seguramente al mirar la enésima foto de él alzando los brazos en un ring, debajo de un titular grande que se proyectaba hacia el futuro diciendo: «¿Volverá a caminar sobre las aguas?». Luego, tras mirar la hora en el móvil, cerró el periódico, dejó dos euros en el platillo y se levantó. En la amplia luna del café comprobó por última vez qué tal iba, convenci-

da, según dijo más tarde, de que había dado en el clavo con esa cazadora de cuero negro que dejaba ver las caderas por debajo del vestido de punto un poco ajustado con el que, al tensarse, apenas le rozaba el aire a través de la lana.

Sí, les dijo a los policías, puede que les sorprenda, pero me dije a mí misma que había dado en el clavo, por eso y por las botas de baloncesto blancas que tenemos todas a los veinte años, de forma que nadie podría haber adivinado si era estudiante o enfermera, o, qué se yo, la chica que acompaña.

¿La chica que acompaña?, preguntó uno de ellos.

Sí, ¿no se dice así? ¿La chica de compañía? Y se rio, nerviosa, por haber dicho eso, *chica de compañía*, sin sacarles una sonrisa a ninguno de los dos policías, uno con los brazos cruzados y el otro más inclinado hacia ella, pero ambos acechando cada una de las palabras que utilizaba, que parecían sopesar como frutas exóticas en una balanza de alimentos.

Total, que, volviendo al relato, ella le preguntó al vigilante de la entrada del ayuntamiento dónde estaba el despacho del alcalde sin saber que él, el vigilante, se quedaría como una estatua, señalando con un simple ademán de la cabeza el mostrador largo al fondo de vestíbulo, dejando que sus ojos recorriesen casi mecánicamente la silueta de ella. A eso sí que estaba acostumbrada: a que la mirada de los hombres se le deshilara encima; hacía tiempo que ya ni se fijaba, por la sencilla razón de que ya había comprobado cientos de veces lo atractiva que resultaba, pue-

de que por lo alta o bien por la piel mestiza, el caso es que hacía tiempo que lo sabía; pasaba de la fascinación que ejercía, ese día ni más ni menos que cualquier otro, con el vestido aquel ajustado que no le tapaba las rodillas, y calzada con las playeras blancas, que ya no lo eran tanto, por el cuero desgastado que las cubría.

En la recepción volvió a decir que tenía cita con el alcalde, y echó de menos que nadie le preguntase el motivo de su visita, a lo cual habría contestado que era un asunto personal; es cierto, dijo, me habría gustado que me lo preguntasen, solo para contestar: Es un asunto personal. Pero ni siquiera en lo alto de la escalinata de piedra que le indicaron, ni siquiera la secretaria enclenque apostada a la puerta del despacho como un guardabarrera viejo, nadie llegó a preguntarle el motivo de su visita, sin por ello dejar de mostrar, la secretaria, su dosis de desaprobación o de envidia mirándola fijamente, si es que se puede usar esa palabra, *fijamente*, cuando en este caso la mirada cayó como una guillotina de la cabeza a los pies.

Suspiró un poco, la susodicha secretaria, como el ama de llaves de un caserón que se reservara el derecho a juzgar a quienes recibían sus señores, y luego tuvo a bien ponerse de pie, entornó la pesada puerta de madera cuyo acceso parecía proteger y, asomando la cabeza por la abertura, dijo: Ha llegado su cita. Laura también la oyó, la voz masculina que contestaba: Ah, sí, gracias, al mismo tiempo que la secretaria



vieja invitaba a la joven a colarse a su vez por la abertura, es decir, por el pasaje deliberadamente estrecho que había dejado entre la puerta y la pared, como si ella, la más joven de las dos, tuviera que forzar el pasaje para entrar; en todo caso esa fue la impresión que se le quedó grabada a ella mucho tiempo, sí, algo así, dijo, que era yo la que había entrado y no ella la que me había abierto. Pero les juro que, si hubiera tenido que empujarla, añadió, lo habría hecho.

Y puede que por culpa de la mirada repentinamente cejijunta de los policías que tenía enfrente, le pareció que venía al caso añadir: Les recuerdo que yo me crie entre rings.

Y seguramente ellos tuvieron la sensación de que esa frase albergaba parte de su historia, y con ella toda la aspereza de la infancia, al tiempo que ya daba a entender el abismo que la separaba del otro, el tío del despacho inmenso, a quien nada, ni el frío recibimiento de la secretaria ni el tamaño desmesurado de la estancia, contribuía a acercarlo al mundo de ella.

No, qué va, les dijo de nuevo a los policías, en un mundo normal nunca deberíamos habernos conocido.

Un mundo normal... Pero ¿a qué llama usted un mundo normal?, preguntaron.

No lo sé... Un mundo donde cada uno se queda en su sitio.

Y mientras ella trataba de representarse el mundo aquel, normal y fijo, donde cada uno, como un muñeco mecánico, habría tenido un área máxima para mo-

verse, la mirada se le fue a perder en la tela azul de la chaqueta de enfrente, y, dejando escapar de su fuero interno este pensamiento surgido de lo más hondo, dijo:

A mi padre parecía que le importaba mucho.